Si la familia no era precisamente de las que ostentaban títulos de Castilla, sí pertenecía por sus parientes en la Península, por su educación y por sus cuantiosos bienes, á lo que se llama la aristocracia. La señora doña Antonia en su juventu dtuvo fama de ser una de las más hermosas y cumplidas damas de Veracruz. La hija única era como una especie de esas artísticas figuras de porcelana de Sajonia. Pequeña de cuerpo, de formas suaves y bien torneadas, grandes ojos negros, blanca pálida, elegante á la vez que modesta, religiosa sin gazmoñería, correcta é irreprochable en su conducta, se podía decir que era la representación y el tipo de las señoritas de la buena y escogida sociedad mexicana. Don Francisco Aguero falleció, y la señora, algunos años después, por razón de salud, vino á fijarse en París, en un lujoso hotel de la calle de Richelieu. Era allí la reunión de la sociedad hispano-mexicana. Los hermanos Uribarren, Iturrigaray, Valdivieso, O'Brien, lo mejor, formaba la tertulia; allí trató á esta distinguida familia el general Don Juan Prim, que no sé si entoncen estaba en Francia desterrado, por paseo ó asuntos, y concluyó por casarse y dar su nombre y título á la que es hoy duquesa de Reus.

V

Para atar esos hilos insignificantes de que he hablado al principio y reunir esas Memorias dispersas en el transcurso de tantos años, es necesario hacer algunas referencias en lo que tengan relación con el ilustre catalán, que es objeto de este capítulo, y con su distinguida familia.

No sé si es una ley de la historia, pero así como la atmósfera que da vida á los seres animados se compone invariablemente de oxígeno, hidrógeno y algun vapor de agua, la atmósfera política en que viven los gobiernos se compone invariablemente de liberales, de conservadores y algún grupo de moderados. Quizá es una condición necesaria para el equilibrio social.

Tampoco sé si es una ley social, pero donde quiera que el clero católico ha acumulado á los bienes materiales la influencia política, ha venido más tarde ó más temprano una verdadera revolución que se ha llamado de Reforma, para disminuir ese poder político y para reducir á los miembros de la comunidad cristiana á la sencillez y modestia de los tiempos primitivos de la Iglesia.

De la misma manera ignoro si es otra ley necesaria el que, para la marcha regular del grande grupo humano que se llama civilizado, aparezca de tiempo en tiempo un hombre superior que, sea por una razón, sea por otra, ejerza un influjo general en las cosas y en los hombres y se ponga al frente de los acontecimientos.

Sea lo que fuere de esos fenómenos sociales, tenemos que creerlos, porque los vemos y los palpamos, reservándonos cada uno, según nuestra opinión, á indagar las causas probables ó las consecuencias posibles.

En el año de 1840, Don José María Gutiérrez Estrada, persona de una distinguida familia de Yucatán, y muy apreciada por su instrucción y su exquisita educación, publicó un folleto en que pretendía probar que la felicidad de México consistía en un buen gobierno, y que habiéndose ensayado la República y cambiándose los gobernantes sin producir resultado satisfactorio, no había otro remedio sino establecer el sistema monárquico, con un monarca católico extranjero. Lanzada esta bomba en plena República, causó el estrago que ocasionan hoy los petardos de dinamita. Los ejemplares del folleto fueron recogidos y su autor tuvo más que de prisa que abandonar el suelo natal.

Cuando el partido liberal subía en México al poder el sistema del gobierno era la República Federal, cuando triunfaba el partido conservador, el sistema era República Central. El partido moderado servía para la transición de uno á otro sistema, y formando el eslabón de los extremos, no pocas veces logró tempo-

ralmente la conciliación y la paz; pero desde que Gutiérrez Estrada desplegó su bandera monárquica el partido conservador se volvió monarquista y el liberal tuvo que echar al viento su intransigente bandera roja y siguió más fuerte que nunca la guerra civil. Rara persona de los contemporáneos dejará de tener una idea de lo que es en cualquiera parte del mundo la guerra civil, para detenernos en explicarla. Una nación, en esos casos, es como el organismo humano cuando no está en su estado normal, sufre trastornos y dolores infinitos.

Tras la guerra civil vino la Reforma. Era una *evolución* y tenía que resolverse definitivamente. O los liberales aniquilaban completamente á sus adversarios y conquistaban la libertad civil y religiosa, ó los conservadores reducían á la impotencia á sus enemigos y concluían por traer un monarca católico extranjero y sentarlo en el trono de Moctezuma.

Para justificar la necesidad de un cambio tan radical, era necesario probar ante el mundo que la República no podía subsistir por más tiempo, y que los desórdenes y hasta los crímenes del fuero común, eran tantos y tan repetidos que los gobiernos extranjeros tenían de por fuerza que tomar una providencia cualquiera para asegurar la vida y los intereses de sus respectivos súbditos.

Acreditar á un individuo ó á un país es obra de años; desacreditarlo es cosa de pocos días. Se trabajó sin descanso y se logró el objeto. Se decía en toda Europa y escribían los periódicos en todos los idiomas que México era un país donde la civilización había perecido, donde los extranjeros eran robados y asesinados, especialmente los españolos, sin que el gobierno ni los tribunales de justicia, pudiesen ni quisiesen castigar á los criminales; en una palabra, que era un país que iba á desaparecer del catálogo de las naciones, si la Europa no se decidía á intervenir y á prestarle una generosa ayuda para que se constituyese un gobierno honrado, firme y estable, que diese garantías á los nacionales y á los extranjeros. En resumen, se pre-

dicó una especie de cruzada contra Mexico en pleno siglo XIX como en otros tiempos se había predicado contra los musulmanes y contra los albigenses.

La cuestión se volvió de moda y se consideraba bajo los aspectos más lisonjeros. No se trataba de atacar la independencia de una nación, sino de protegerla, de regenerarla, cuestión, en una palabra, de la raza latina en peligro con la temible vecindad de la raza sajona. Era precisamente la oportunidad de plantear en América una monarquía protegida por tres ó cuatro naciones de Europa. Los Estados Unidos del Norte, con motivo de la cuestión de la esclavitud, estaban ocupados en batallas de millones contra millones de hombres, y cuando volvieran en sí, tendrían que pasar por los hechos consumados y prescindir de la doctrina Monroe. La emperatriz Eugenia y la reina Isabel, cuyo excelente carácter personal y buen corazón no han puesto en duda ni sus mismos enemigos, participaban de estas opiniones y parecían entusiasmadas; no precisamente con la idea de la guerra y de la sangre, sino con la gloria de una influencia ó de una corona para un príncipe de la casa de Borbón, si el pueblo mexicano lo pedía y consentía en recibirlo. Además, era un paseo militar. Cuatro ó cinco mil hombres bastarían para llegar á la capital, y ayudados y sostenidos por el comercio, por los hombres honrados é influentes de todos los partidos, encontrarían, en vez de pólvora y balas, victorias y coronas de flores. La ilusión era tentadora, el engaño completo; no se necesitaba más sino que participase de esas ilusiones y cayese en ese engaño el grande hombre de la época.

No sé tampoco si es otra ley, como ya he dicho, el que de tiempo en tiempo, por un conjunto de circunstancias ajenas de la previsión humana, aparezca un hombre influente que (como se dice para caracterizarlo), por más ó menos tiempo, tiene en sus manos los destinos del mundo.

Durante un largo período no se movía la hoja del árbol sin la voluntad de Inglaterra. Cuando la estrella de lord Palmers-

ton, de ese grande hombre de Estado, declinaba, se levantó radiente la de Napoleón III. El mundo todo estuvo, durante un largo período, pendiente de su voluntad, y cuando en uno de sus discursos indicó la revisión de los tratados de 1815 la Europa entera se alarmó. No se apagó en Sedán la estrella de Napoleón sin que se levantara espléndida, como de primera magnitud, la del príncipe de Bismark.

Napoleón III sonrió al pensamiento de un protectorado, de una monarquía creada por él, protegida por él, Jefe influente y victorioso de la raza latina, en un país lejano, pero rico, misterioso, encerrando en su seno tesoros de oro y plata, y donde la industria y la actividad francesa encontrarían manera fácil de ejercitarse. La emperatriz descendía de Moctezuma, la casa de Guzmán históricamente era la heredera de ese monarca legendario.[1] No era ya posible ni vacilar, ni esperar más tiempo. La expedición de México era la página más bella de la historia de su reinado.

Todas estas cosas parecen increibles, y sin embargo así pasaron.

En 31 de Octubre de 1861 se firmó en Londres, un tratado entre Francia, España é Inglaterra para obrar colectivamente y exigir á México la reparación debida á tantos agravios como se suponía habían hecho durante años á españoles, franceses é ingleses, y desde el 4 al 7 de Enero del año siguiente de 1862 fondeaban en la bahía de Veracruz los buques de Guerra *San Quintín*, *San Francisco de Asís*, *Ulloa*, *Massena*, *Guerrier*, *Ardent*, *Astrea*, *San George*, *Sans-Pareil*, *Challenger*, *Merci*, *Plower* y otros Avisos y buques menores, con diez mil hombres poco más ó menos de desembarco. Las fuerzas francesas estaban á cargo del vicealmirante Jurien de la Graviere, las inglesas al del comodoro Dunlop y las españolas al del general Don Juan

1 El abad Brasseur de Bourbourg publicó en ese tiempo una obra sobre la historia antigua de México. En el tomo IV está un árbol genealógico, donde consta que la emperatriz Eugenia desciende del emperador de México, Moctezuma II.

Prim, conde de Reus, que á ese cargo militar reunía el carácter de enviado extraordinario. La diplomacia y la guerra. El 7 de Enero de 1862 se enarbolaron en el castillo de San Juan de Ulúa y en la plaza de Veracruz la bandera francesa en el centro, la inglesa á la derecha y la española á la izquierda. El conde de Reus, en el acto que desembarcó, montó en un arrogante caballo que se le tenía preparado, y seguido del secretario de la Legación, Don Antonio López de Ceballos, del brigadier Don Lorenzo Miláns del Bosch y de su Estado Mayor se dirigió donde estaba ya situado el cuartel general.

VI

Dejemos descansar en Veracruz al ilustre catalán, al impávido brigadier y al reflexivo secretario Don Antonio López de Ceballos,[1] con cuya amistad me honro todavía, y demos un paseo en la capital de México, donde hay personajes que representaron un importante papel de esta tragedia. A unos los conocí simplemente, á otros los traté con más ó menos intimidad.

Estos altos personajes son el conde Dubois de Saligny, ministro del emperador de los franceses, Sir Charles Lenox Wyke, ministro de S. M. la Reina de la Gran Bretaña y Don Juan B. Jecker, banquero, con el que, con diversos motivos, tuve frecuentes relaciones.

Aunque invirtiendo el orden comenzaremos por el último. No recuerdo en qué año, pero de entonces acá han pasado bastantes primaveras, desembarcaron en Veracruz, entre otros extranjeros, dos suizos hermanos. El mayor, que se llamaba Luis, era un hombre de baja estatura, de anchas espaldas, una gran cabeza como de busto romano, ojos torvos, y uno, el iz-

1 Este apreciable amigo ha fijado su residencia en Caracas, donde también vive retirado el Señor Middleton, que fué algunos años ministro de Inglaterra en México.

quierdo, completamente visco. El menor que se llamaba Juan Bautista, por el contrario, era más alto, esbelto, de buenos ojos y regulares facciones, muy pálido y su fisonomía toda tenía un conjunto de frialdad y de tristeza. Provistos de cartas de recomendación y con algún dinero, subieron á México. El hermano mayor era médico y cirujano. Se presentó á examen, fué aprobado por unanimidad por la Escuela de Medicina y comenzó á ejercer su profesión. El menor fué colocado como dependiente en una respetable casa inglesa que giraba bajo la razón social de Montgomery, Nicod y Compañía.

No pasó mucho tiempo sin que los dos se distinguiesen é hiciesen conocer de la sociedad mexicana, especialmente el doctor. Tenía unas grandes manos, con los dedos cortos y gordos, se hubiera dicho manos de arriero, pero cuando hacía una operación las manos pulidas de una dama no eran más suaves ni más delicadas. En esa época no se conocían, ó al menos no se usaban, los anestésicos, y los pacientes que tenían que sufrir una operación diez, veinte ó cuarenta minutos, eran verdaderos mártires. La habilidad y la destreza de Jecker casi suplían al cloroformo y al éter. Hizo curas y operaciones difíciles *en casos*, como dicen friamente los médicos, verdaderamente desesperados. Su fama, naturalmente, voló por toda la República; el gobierno lo nombró profesor de Anatomía topográfica de la Escuela de Medicina, y su clientela, especialmente de la gente rica, fué tan numerosa que tenía necesidad de rehusar la asistencia á más de la mitad de los que la solicitaban. A los ricos les cobraba cuentas enormes; á los pobres les curaba de balde, y á veces les daba algún dinero para las medicinas. En el transcurso de algunos años reunió con su trabajo y su ciencia un capital de medio millón de duros. Cansado ya y atormentado con el mal de gota que le habían ocasionado sus invencibles inclinaciones gastronómicas, resolvió abandonar el país. Regaló á su hermano Don Juan trescientos mil pesos, y con los doscientos mil restantes se dirigió á París, no á descansar, sino á suicidarse. Por una

casualidad hicimos el viaje juntos desde Veracruz á Orleans, y de ese puerto al de Boston y á Londres. El doctor, como la mayor parte de los médicos, era materialista. Sus estudios en el cuerpo humano le habían convencido de que el hombre es una máquina delicada sujeta á frecuentes descomposiciones por el menor accidente, y que, más ó menos fuerte, concluye por gastarse y no poder funcionar. Destruída en un día dado esa máquina, lo que se llama vida concluye, y esta es la historia de todos los animales, incluso el hombre, en su breve tránsito por esta tierra. Fácil es suicidarse en un momento, pero el doctor adoptó el medio de forzar y echar leña á su máquina hasta que reventase. Comidas, diversiones, placeres de todo género, hasta caer postrado en cama, y como remedio se metía en una tina de agua tibia y permanecía en el baño dos ó tres días mascando hielo. Aliviado, volvía á comenzar la vida alegre, hasta que por fin en el curso de algunos meses dió al traste con su máquina, sobrándole todavía unos setenta ú ochenta mil pesos, que dejó á varios establecimientos de beneficencia de París.

Liquidada la casa de Montgomery, Nicod y Compañía, y con trescientos mil pesos en mano, Don Juan Bautista entró en sociedad con Don Isidoro de la Torre, de la distinguida familia de los Torres, andaluces residentes en Bordeaux, que creo existen todavía. Con la razón social de Jecker, Torre y Compañía se estableció la casa. Torre marchó á Mazatlán, Jecker quedó en México, y mientras el doctor tiraba en París el dinero por la ventana, el hermano y su socio hacían los mejores negocios y llenaban sus cajas de dinero. Convinieron más adelante en una liquidación, y disolvieron la compañía separándose cada uno con un millón trescientos mil duros en oro y plata. La casa de Jecker continuó bajo la denominación de Juan B. Jecker y Compañía, pues quedó como dependiente y socio un inteligente joven sobrino de Torre.

Juan B. Jecker y Compañía llegó á ser una casa sólida como esas que describe admirablemente Charles Dickens que go-

zan de la confianza general, que son fieles depositarios no sólo de dinero y joyas, sino de los secretos de grandes personajes, y que sin dar la cara ni mezclarse en la política ejercen, sin embargo, un influjo en los acontecimientos.

Jecker era frío en su trato familiar, medido en su conversación, difícil para los negocios, pero una vez que convenía en ellos, su palabra equivalía á una escritura. Exacto en sus compromisos, honrado por carácter, laborioso por educación, sin vicios ni lujo, supo ganarse la confianza y estimación universal; los ricos le confiaban su dinero y los trabajadores y pequeñcs comerciantes sus economías, especialmente los franceses, suizos y belgas. En el curso de los años que giró su casa con acierto y fortuna, jamás se había mezclado en la política, y por el contrario, era el banquero de los gobiernos que se sucedían; las más veces hacía buenos negocios, pero otras facilitaba fuertes sumas sin interés pecuniario, de modo que así tenía cierta influencia con los gobernantes, influencia que es necesario decir, en obsequio de la verdad, no fué funesta sino en los últimos tiempos.

Siguió así años viento en popa, extendió sus relaciones en el extranjero y en las ciudades y puertos de la República, y abarcó cuantas empresas se le presentaron: ferreterías, minas, ingenios de azúcar, cambio, deslinde de terrenos, en una palabra, casi no había negocio en que no tuviese poca ó mucha parte. Para tantas y tan diversas atenciones usó no sólo de su capital sino de los muchos que recibía á réditos y de cuanto tuvo á la mano. Unos negocios eran de producto inmediato, otros no; unos buenos y lucrativos, otros, como los de minas y terrenos, de inmediato desembolso y de lejana retribución. De un compromiso á otro, y de un apuro á otro mayor, su situación se hacía cada día más difícil. No encontró más remedio que ingerirse entonces en la política y valerse, para salvar su situación, de las buenas relaciones que había adquirido. Durante el transitorio gobierno de Miramón se resolvió á jugar el todo por el todo; reunió cuanto dinero efectivo pudo y celebró un contrato, con el cual no só-

lo se creyó salvado, sino compensado de las pérdidas y desembolsos que había hecho en especulaciones desgraciadas. Más adelante sabremos, por boca del ministro inglés, qué clase de contrato era éste y qué opinión tenía de él.

El gobierno del general Miramón no duró lo bastante para que Jecker se hubiese siquiera reembolsado del dinero efectivo que entregó. Volvió al poder el partido liberal, y la primera providencia que dictó, como era de esperarse, fué desconocer tal contrato y suspender el curso del papel que circulaba en las plazas de comercio con el título de bonos Jecker.

La poderosa casa, que había resistido á tantos embates y á cuyas cajas iba con ciega confianza el dinero de los más notables y ricos mexicanos, cayó desmoronada como un castillo de naipes con un activo que importaba millones, por entonces imaginarios, pero con un pasivo de tres millones de pesos. Como un temblor conmovió este suceso á todo el país, pero especialmente en la capital fué un día de luto. Los mexicanos que á la sombra y con el nombre de Jecker habían hecho negocios y ganado dinero, se callaron y se estuvieron fuertes por lo que en esa vez perdían; pero los carpinteros, los herreros, los peluqueros, las modistas, las lavanderas, multitud de pobres gentes, en su mayoría franceses, que habían depositado sus economías, pusieron el grito en el cielo, y los primeros días, á pesar de la sangre fría del suizo, como le decían, tuvo que esconderse y no volvió á ponerse frente de la casa, asistido de un sindicato, sino cuando calmó un tanto la primera y justa emoción de los que habían perdido cuanto tenían.

El horizonte político se ponía día por día más sombrío; el gobierno tenía que luchar día y noche con sus enemigos interiores, á la vez que las relaciones con los ministros extranjeros se hacían más tirantes y difíciles. La miseria, llegando á su último extremo, obligó al secretario de Hacienda á suspender las asignaciones que tenían en las administraciones marítimas las convenciones diplomáticas y deuda de Londres, y la bomba estalló.

El rompimiento fué decisivo y los agentes diplomáticos se prepararon á abandonar la capital.

Jecker, entretanto, no se había dormido. Los periódicos franceses más acreditados, desde que se estableció la República, han referido con todos sus accidentes y circunstancias, como Jecker, suizo de origen, fué nacionalizado francés, y como interesándose personajes muy influentes, fué aceptada su reclamación, como un crédito liso, llano y legal que México debía satisfacer con su añadidura de réditos, daños y perjuicios, etc.

Aparte el interés pecuniario, la política que entonces se seguía en las Tullerías acogió la reclamación de Jecker como un arma poderosa en contra del gobierno liberal, y la fuerte suma que importaba encabezaba de una manera magistral la larga y supuesta lista de agravios inferidos á los franceses. A su tiempo sabremos su inesperado y extraño desenlace. Sigamos con nuestros personajes.

VI

En la casa de Don Manuel Escandón, que desde tiempos atrás era frecuentada por diplomáticos y cónsules extranjeros, conocí á Sir Charles Lenox Wyke y al conde Dubois de Saligny.

No era sir Charles de esos tipos de gruesas y encendidas caras, rubias y largas patillas y de porte soberbio y maneras frías y duras, sino por el contrario, delgado, pálido, cabello obscuro y aspecto más bien de raza latina, muy amable, de suaves modales, aunque un poco ceremonioso, grave y reservado cuando trataba asuntos que de cerca ó de lejos pudieran tener conexión con sus funciones diplomáticas. En poco tiempo supo captarse la consideración de las principales personas de México, especialmente de las que pertenecían al partido liberal, por el cual tenía simpatías y deseaba, de acuerdo con lord Palmerston, que las reformas civiles y religiosas que había ya intentado tuviesen una plena conformación. El asunto principal que tenía era *oficiosamente* el arreglo de la deuda de Londres, y que volviese á pagarse la asignación á la convención, pero no era hostil al gobierno ni deseaba que las cosas se llevasen al extremo.

El conde Dubois de Saligny no era precisamente el tipo (no obstante su título) de la vieja nobleza de Francia. De cuerpo mediano, ancho de espaldas, cara y cabeza redonda, cabello escaso y poblada barba negra, corto de vista y gesto desagradable, no inspiraba, á primera vista, ni simpatía ni respeto.

A poco que se le tratara se reconocía en él talento, instrucción enciclopédica, una imaginación exaltada, una ligereza infinita para juzgar de las cosas y un carácter violento que estallaba por el más leve incidente. Se calmaba á poco, si se le hablaba con calma y se le contradecía con moderación; pero volvían á repetirse esas cóleras y era cosa de nunca acabar. Cuando en uno de esos arranques aplicaba al ojo izquierdo y oprimía entre sus párpados un lente cuadrado, su fisonomía tomaba un aspecto tan singular, que no se sabía si inspiraba miedo ó risa. Con ideas monárquicas, favoreciendo decididamente el negocio de Jecker y mil otras reclamaciones que más adelante se reconocieron como exageradas ó como puramente fantásticas por la comisión francesa, con prevenciones y antipatías contra las personas del gobierno, lo que deseaba era un rompimiento estrepitoso y aprovechó perfectamente la temporal suspensión de pagos. A todo esto se reunía una cosa muy grave. Sea por los despachos de Saligny, sea por las relaciones de otras personas y de la prensa, el emperador Napaleón tenía una aversión personal contra Juárez y se consideraba humillado en la altísima esfera que ocupaba si hacía un tratado cualquiera, aunque fuese muy favorable á Francia, con un presidente de pura raza indígena. Así la cuestión no podía tener solución, pues Juárez era precisamente un presidente enteramente constitucional y su gobierno, aunque combatido por los monarquistas, funcionaba legal y regularmente.

Con estos antecedentes, es posible determinar los graves asuntos que tenía entre manos el ministro del Emperador: